

Leninismo y Socialismo

BETTINO CRAXI

Traducción de M.^a Dolores Lezcano

El leninismo no es en absoluto, como a menudo se dice, la ideología de la clase obrera, es más bien la justificación filosófica del derecho histórico de los intelectuales a gobernar autoritariamente las masas obreras. El ejercicio del poder por parte del partido bolchevique no ha hecho nacer «el primer estado proletario de la historia», como suele afirmarse.

La sustitución leninista, es decir el principio de que «la vanguardia consciente debe gobernar y las masas deben obedecer», ha dado sus frutos naturales. Con el éxito del leninismo, la lógica jacobina aventaja a la lógica pluralista y democrática del socialismo y Rusia se encamina hacia el colectivismo burocrático y totalitario.

Entre comunismo leninista y socialismo hay una incompatibilidad sustancial, que puede ser sintetizada en la contraposición entre colectivismo y pluralismo. El leninismo, como cada forma de comunismo, está dominado por el ideal de la sociedad homogénea, compacta, orgánica, indiferenciada.

El comunismo leninista tiene finalidades regeneradoras, es una religión revertida de ciencia que pretende haber encontrado una respuesta a todos los problemas de la vida humana. Es una doctrina que tiende a ser milenaria, aunque una vez en el poder, no puede dejar de producir un estado ideológico sostenido por una casta.

El socialismo es democrático, laico y pluralista. No pretende elevar a ninguna doctrina al rango de ortodoxia; no tiene fórmulas

absolutas para imponer; reconoce que el derecho máspreciado del hombre es el derecho al error. En su versión democrática, el socialismo tiene un proyecto ético-político que se inserta en la tradición del iluminismo reformador y puede sintetizarse en los siguientes términos: socialización de los valores de la civilización liberal, difusión del poder, distribución igualitaria de la riqueza y de las oportunidades de vida, desarrollo de las instituciones de participación de las clases obreras en los procesos decisorios.

La historia del socialismo no es la historia de un fenómeno homogéneo. En el curso de laboriosas vicisitudes bajo la enseña del socialismo están reunidos y confundidos elementos distintos y hasta recíprocamente repulsivos. Estalinismo y antiestalinismo, colectivismo e individualismo, autoritarismo y anarquismo; estas y otras tendencias aún se encuentran y se enfrentan en el movimiento obrero desde que comenzó a dar sus primeros pasos como entidad política y de clase. En ciertas circunstancias históricas las tendencias ideológicas desembocan directamente en una verdadera y propia guerra fratricida. Así ha ocurrido que todos los partidos, las corrientes y las escuelas que se han reclamado del socialismo están colocadas en antagonismo al capitalismo, pero esto no ha bastado para eliminar divisiones y contraposiciones. Los modelos de sociedad que indicaban como alternativa de la sociedad capitalista eran a menudo antitéticas.

La profunda diversidad de los «socialismos» aparece con mayor claridad cuando los bolcheviques se posesionaron del poder en Rusia. Se contrapusieron y chocaron concepciones opuestas. En efecto, había quien aspiraba a reunificar el cuerpo social a través de la acción dominante del Estado y había quien auspiciaba la potenciación y el desarrollo del pluralismo social y de la libertad individual. Reemergió así las viejas disidencias entre estalinismo y antiestalinismo, autoritarismo y libertarismo, colectivismo y anticolonectivismo. La división se reflejó a grandes rasgos en la existencia de dos distintas organizaciones internacionales. Los primeros, herederos de la tradición jacobina, se reagruparon bajo la bandera del marxismo-leninismo, mientras los segundos querían permanecer en el seno de la tradición pluralista de la civilización occidental. A partir del 1919 el socialismo, aún desde un punto de vista organizativo, será atravesado por dos grandes corrientes y muchos riachuelos colaterales, que podrían definirse mejor sólo analizando la historia de cada uno de los partidos.

No pocos mantienen que la escisión, vista en sus grandes líneas, viene de lejos. Hay quien ve las raíces en la misma Revolución Francesa, durante la cual, mientras estaban en acción de guerra contra el Antiguo Régimen, chocaron dos concepciones de la sociedad ideal: la autoritaria y centralista y la libertaria y pluralista. Ya en el análisis de Proudhon, por ejemplo, se intenta la individualización de la raíz ético-política del conflicto latente que laceraba la izquierda. En Proudhon hay en realidad una apasionada defensa no sólo de la razón ideal de la protesta obrera contra la explotación capitalista, sino también una percepción aguda de la separación sustancial entre la sociedad socialista y la sociedad comunista. De un lado, el comunismo, que quiere la supresión del mercado, la estatalización integral de la sociedad y la cancelación de cada traza de individualismo. De otro, el socialismo, que proyecta instaurar el control social de la economía y trabaja para la potenciación de la sociedad respecto al estado y por el pleno desenvolvimiento de la personalidad individual. Proudhon consideraba al socialismo como la superación histórica del liberalismo y veía en el comunismo una «paradoja antidiluviana» que si hubiese prevalecido, habría «asiatizado» la civilización europea. El mismo Proudhon nos ha dejado una descripción profética de lo que habría generado la institucionalización del rígido modelo estatalista y colectivista: «La esfera pública acarreará el fin de toda propiedad; la asociación provocará el fin de todas las asociaciones separadas y su reabsorción en una sola; la concurrencia, vuelta contra sí misma, llevará a la supresión de la concurrencia; la libertad colectiva, finalmente, deberá englobar la libertad corporativa, local y particular». Consecuentemente nacería «una democracia compacta, fundada en apariencia sobre la dictadura de las masas, pero en la cual las masas tendrían sólo el poder de garantizar la servidumbre universal, según las fórmulas y las palabras de orden cogidas en préstamo del viejo absolutismo y resumibles así:

- Comunión de poder.
- Concentración.
- Destrucción sistemática de cada pensamiento individual, corporativo y local, tenido por escisionista.
- Policía inquisitorial.
- Abolición o, al menos, restricción de la familia y, con mayor razón, de la heredad.

— Sufragio universal organizado de modo tal que sancionaría continuamente esta especie de tiranía anónima, basada en la prevalencia de los sujetos mediocres o incluso incapaces y sobre el sofoco de los espíritus independientes, denunciados como sospechosos y, naturalmente, inferiores en número.

Aquí, como se ve, Proudhon indica lo que no debía ser el socialismo y, contemporáneamente, dónde llegaría la sociedad si hubiese prevalecido el modelo colectivo basado en la estatalización integral de los medios de producción y sobre la supresión del mercado. La historia, desdichadamente, ha aportado algunos elementos de hecho en apoyo de sus previsiones. El socialismo de Estado, poniendo aparte todos los valores, las instituciones y los principios de la civilización moderna, los ha sustituido con un modelo de vida colectiva, burocrático y autoritario, es decir con un sistema premoderno. Y eso es tan cierto que muchos representantes de la cultura del disentimiento van tan lejos con su crítica hasta el punto de ver en el comunismo tal como se ha realizado una verdadera y propia «restauración asiática».

El jacobinismo de Lenin.

Pero por volver al análisis más reciente recordamos que muchos otros intelectuales de la izquierda europea han desarrollado este filón crítico. Desde Russell a Carlos Rosselli, a Cole, nos llega un único estímulo que nos invita a no confundir el socialismo con el comunismo, la plena libertad extendida a todos los hombres con la llamada libertad colectiva, la superación histórica del liberalismo con su destrucción. El carácter autoritario de lo que es llamado el «socialismo real o maduro» no es una desviación respecto a la doctrina, una degeneración fruto de una establecida suma de errores, sino la concreción de las implicaciones lógicas de la tendencia rígidamente colectivista originariamente adoptada. El examen de los fundamentos esenciales del leninismo confirma tal tesis.

Hasta la publicación de «¿Qué hacer?», Lenin fue sustancialmente un marxista ortodoxo: creía que el socialismo se habría realizado sólo en los países capitalistas avanzados y sólo a condición de que la clase obrera hubiese alcanzado un elevado grado de conciencia política y de madurez cultural. Pero en «¿Qué hacer?» esta tesis es literalmente

derribada. De la teoría y la praxis del socialismo democrático europeo se pasa a un esquema revolucionario y jacobino. Lenin mismo define al revolucionario marxista como «un jacobino al servicio de la clase obrera» y propone crear un partido compuesto exclusivamente por «revolucionarios de profesión». Así, el socialismo de composición histórica llega a ser algo que debe ser pensado, construido y dirigido por una élite seleccionada de individuos colocados por encima de la masa.

Lenin comienza con la distinción de dos formas o grados de percepción de la realidad: la «espontaneidad» y la «consciencia»: sólo la segunda permite antever los fines últimos de la historia. A continuación Lenin afirma perentoriamente que los obreros no pueden tener el tipo de visión de la realidad que es propio de la consciencia ya que están privados del saber filosófico y científico. Abandonados a su tendencia espontánea, son condenados a moverse en el ámbito de las leyes del sistema. Al máximo pueden alcanzar una consciencia sindical» de sus intereses inmediatos, no ya una consciencia política, que puede ser producida sólo desde fuera de su condición de clase. Y los «portadores externos» de la «justa consciencia» son siempre, según Lenin, los intelectuales. A ellos, entonces, corresponde el papel histórico organizativo y dirigente del movimiento obrero.

Dadas estas premisas, resulta obvio que el sujeto revolucionario no puede ser la clase trabajadora, sino que lo será el grupo escogido de los intelectuales que se hayan consagrado a la causa de la revolución comunista. El peligro que los anarquistas rusos habían subrayado con extraordinaria energía —el peligro de que la clase trabajadora fuese «colonizada» por los intelectuales «de clases» que se introducían en el movimiento obrero como «tribunos de la plebe»— se convierte en una realidad con el «¿Qué hacer?». En efecto, Lenin justifica teóricamente, con gran franqueza, el derecho-deber de los intelectuales, iluminados por la «ciencia marxista», de someter a la clase trabajadora bajo su propia dirección. La misión histórica que Marx había asignado al proletariado debía ser dejada en manos de la «inteligencia revolucionaria».

Se comprende fácilmente por qué Trotsky, Plejanov, Martov y Rosa Luxemburgo hayan acusado a Lenin de «sustitutismo».

A sus ojos la idea leninista de subordinar la clase obrera a la dirección paternalista de la élite consciente y activa aparecía como una transformación del marxismo y como una vuelta a la tradición jaco-

bina. Trotsky, en particular, estigmatizó la teoría leninista puesto que confundía la «dictadura del proletariado» con la dictadura «sobre el proletariado» y delegaba la misión histórica de edificar el socialismo no «a la clase obrera dotada de iniciativa que ha tomado en sus manos la suerte de la sociedad, sino a una organización fuerte, autoritaria, que domina al proletariado y a través de él a la sociedad. «Era el Trotsky menchevique que preveía cómo el espíritu sectario y el maniqueísmo jacobino que Lenin quería introducir en el movimiento obrero habría tenido consecuencias desastrosas».

En efecto «¿Qué hacer?» apareció para muchos como una agresiva continuación del proyecto de Robespierre, que ya muchas escuelas socialistas europeas habían definido como una clase de despotismo pseudosocialista. El modelo de partido ideado por Lenin es una institución transformada monolíticamente por vínculo de la ortodoxia y del principio de la subordinación absoluta y sin reservas de la voluntad individual a la voluntad colectiva. El partido bolchevique desde su nacimiento fue una organización férreamente disciplinada y empeñada en la difusión, a la escala planetaria, del «socialismo científico» interpretado como una doctrina de carácter salvador, esto es, una secta de verdaderos creyentes que en nombre del proletariado creía tener el derecho-deber de instaurar su dominio total en la sociedad para regenerarla.

La decapitación del proletariado.

Nadie mejor que Rosa Luxemburgo ha descrito las consecuencias elitistas y burocráticas que se derivan de tal concepción: «Un centralismo despiadado cuyo principio vital es, de un lado, el neto relieve y la separación de la turba organizada de revolucionarios declarados y activos del ambiente que les circunda, ambiente revolucionariamente activo, pero no organizado; y del otro la rígida disciplina y la intromisión directa, decisiva, determinante de las instancias centrales en todas las manifestaciones locales del partido... Encerrar el movimiento en la coraza del centralismo burocrático, que degrada al proletariado militante a dócil instrumento de un comité». Es lo mismo que decir que el leninismo no es en absoluto, como a menudo se dice equivocadamente, la ideología de la clase obrera, sino más bien la justificación

filosófica del derecho histórico de los intelectuales de gobernar autocráticamente las masas obreras. De aquí el juicio del revolucionario ruso Volodias Smirnov: «Lenin no ha sido jamás el ideólogo del proletariado: desde el primer al último día no ha sido más que un ideólogo de la inteligencia». Tal juicio ha sido propuesto otra vez durante la revolución estudiantil, desde Gabriel a Daniel Cohn-Bendit, los cuales han definido «¿Qué hacer?» como «la justificación teológica de la manumisión de la clase obrera», y han visto en Stalin el coherente continuador de la obra de Lenin: «decapitar el proletariado para poner el partido a la cabeza de la revolución».

Estando así las cosas no puede constituir objeto de maravilla el hecho de que el ejercicio del poder por parte del partido bolchevique no hizo nacer «el primer Estado proletario de la historia» como a menudo se afirma deformando más o menos a sabiendas la realidad. El «sustituismo» leninista, es decir, el principio de que la «vanguardia consciente» debe gobernar y las masas deben obedecer, dio lógicamente sus frutos. Como ha escrito Isaac Deutscher «puesto que la clase obrera no estaba allí (donde habría debido de estar para ejercitar la dirección) los bolcheviques decidieron actuar como sus lugartenientes y portavoces, hasta el momento en que la vida llegase a ser más normal y una nueva clase trabajadora se afirmase y desarrollase. Por este camino, naturalmente, se llegaba a la dictadura de la burocracia, al poder incontrolado y a la corrupción a través del poder».

Pero, es necesario repetirlo, tan paradójico fenómeno —la dictadura del proletariado sin el proletariado— la «dictadura por delegación» ejercida en nombre y por cuenta de la clase no puede considerada una consecuencia no prevista y no previsible. Fue el Trotsky menchevique el que en 1904 escribe que si el proyecto leninista fuese realizado «el partido habría sido sustituido por la organización del partido, la organización habría sido a su vez sustituida por el comité central, y en fin, el comité central por el dictador».

Con el éxito histórico-político del leninismo la lógica jacobina, con todos sus componentes antiguos y nuevos que desembocaban en la dictadura revolucionaria, aventaja a la lógica pluralista y Rusia se encamina a la vía del colectivismo burocrático-totalitario.

Ahora bien, dado que la meta final indicada por Lenin era la sociedad sin clases y sin Estado, se podría hablar de «heterogénesis de los fines» en el sentido de que los medios empleados han fagocitado el

ideal. El leninismo en el poder sería, desde este punto de vista, la demostración de que no es posible separar los medios de los fines y que la historia no es «racional», sino «irónica» y hasta «cruel». Pero en realidad el conflicto entre bolchevismo y socialismo democrático no fue un simple conflicto sobre los medios a emplearse para avanzar hacia la sociedad ideal. Tal conflicto ha sido, sin duda, uno de los factores que han señalado la demarcación neta en el seno del movimiento obrero, pero no ciertamente la decisiva. Entre comunismo leninista y socialismo existe una incompatibilidad sustancial que puede ser sintetizada como la contraposición entre colectivismo y pluralismo. El leninismo, como todas las formas de comunismo, está dominado por el ideal de la sociedad homogénea, compacta, orgánica, indiferenciada. Hay en el leninismo la convicción de que la naturaleza humana ha sido degradada desde la aparición de la propiedad privada, que ha desintegrado la comunidad primitiva desencadenando la guerra de clases. Y, hay sobre todo, el deseo de recrear la unidad originaria haciendo prevalecer la voluntad colectiva sobre la voluntad individual, los intereses generales sobre los intereses particulares. En este aspecto el comunismo es orgánicamente totalitario, en el sentido de que postula la posibilidad de instituir un orden social armonioso para prescindir del Estado y de sus aparatos coercitivos. Este «totalitarismo del consenso» debe, no obstante, ser precedido de un «totalitarismo de la coerción». Tan cierto es esto que Lenin no ha dudado en describir la dictadura del partido bolchevique como «un poder que se apoya directamente en la violencia y que no está vinculado a ninguna Ley».

Socialismo y comunismo.

Sin embargo, la meta final deja a la sociedad sin estado, es decir «el paraíso en la tierra» (Lenin) posterior a la «resurrección de la humanidad» (Bujarin). De modo que se puede decir que la meta final indicada por el comunismo es «un Reino de Dios sin Dios», es decir la construcción real del reino milenario de paz y de justicia ilusoriamente prometido por el mesianismo judeo-cristiano. Ciertamente no es raro, pues, que Gramsci haya llegado a definir el marxismo como «la religión que matará el cristianismo» realizando sus exaltadas promesas y haciendo pasar de la potencia al acto el ideal de la sociedad perfecta.

Si esta interpretación del leninismo es correcta, entonces la contraposición entre socialismo y comunismo es ciertamente muy profunda. El comunismo leninista tiene finalidades regeneradoras: es una religión travestida de ciencia que pretende haber encontrado una respuesta a todos los problemas de la vida humana. Por esto no ha podido tolerar rivales y es, en una palabra, «totalitario». Milovan Gilas y Gilles Martinet lo han subrayado de manera convincente: «el leninismo, en la medida que aspira a regenerar la naturaleza humana, a crear un mundo purificado de cada negatividad, a poner fin a los escándalos del mal, es una doctrina milenaria que una vez en el poder, no puede producir un Estado ideológico sostenido por una casta».

Gramsci ha teorizado sin perifrasis la naturaleza «totalitaria» y hasta «divina» del partido comunista, que no acaso ha definido como «el hogar de la fe y la custodia de la doctrina del socialismo científico». El partido marxista leninista, en cuanto que encarna el proyecto de desalienación total de la humanidad, es una institución carismática que encierra en sí toda la verdad y toda la moralidad de la historia. El expresa la ética y la ciencia del «proletariado ideal» que debe iluminar al «proletariado real» e indicarle «la vía de la salvación» (como se lee en la resolución del 2.º Congreso del Comintern). En sus manos están «las llaves de la historia» puesto que orienta su acción a la luz de la única doctrina que es científica y salvadora a un tiempo. Por esto el comunismo no puede llegar a pactar con el espíritu crítico, la duda metódica, la pluralidad de la filosofía; en suma, con todo lo que representa el patrimonio cultural de la civilización occidental, laica y liberal. El leninismo, como solía recordar Bertrand Russell a aquellos que se hacían una imagen mitológica del marxismo-leninismo, se funda en la idea de que debe existir una autoridad ideológica (el partido) que establece autocráticamente los confines que separan el bien del mal, la verdad del error, lo útil de lo dañino. De aquí la elevación del marxismo a filosofía (obligatoria) de Estado, la institucionalización de la inquisición revolucionaria, la lucha encarnizada y despiadada contra los desviados, los disidentes y los heréticos.

Respecto a la ortodoxia comunista, el socialismo es democrático, laico y pluralista. No intenta elevar ninguna doctrina al rango de ortodoxia, no pretende poner límite a la búsqueda científica y al debate intelectual, no tiene fórmulas absolutas para imponerse. Reconoce que el derecho más precioso del hombre es el derecho al error. Y esto,

porque el socialismo no entiende ponerse como sustituto ideal o real de las religiones positivas. El socialismo, en su versión democrática, tiene un proyecto ético-político que se inserta en la tradición del iluminismo reformador y que puede ser sintetizado en los siguientes términos: socialización de los valores de la civilización liberal, difusión del poder, distribución igualitaria de la riqueza y de las oportunidades de vida, potenciación y desarrollo de los institutos de participación de las clases trabajadoras en los procesos decisorios. Carlos Rosselli definía exactamente el socialismo como un liberalismo organizado y socializador.

Del pluralismo liberal al pluralismo socialista.

De la pretensión de que el comunismo ha de crear el «hombre nuevo» deriva lógicamente la intención de reestructurar todo el campo social según un criterio único y absolutamente vinculante. El principio de fondo ha sido formulado por Lenin en términos inequívocos: «el partido lo modifica todo, decide y dirige en base a un criterio único», a fin de sustituir «la anarquía del mercado» con la centralización absoluta.

Y en efecto, coherentemente con la doctrina, los bolcheviques, apenas conquistaron el Estado, comenzaron a destruir sistemáticamente, metódicamente, cada centro de vida autónoma y trabajaron para concentrar todo el poder político, económico y espiritual en una única estructura de mando: el aparato del partido. Y quien dice aparato dice control integral de la sociedad por parte de los administradores universales. Fue así tomando cuerpo el Estado patrón de cada cosa: de los recursos económicos, de las instituciones, de los hombres y hasta de las ideas. La autonomía de la sociedad civil fue intencionadamente sofocada, la espontaneidad social limitada o sorprendida, el individualismo reducido a los límites mínimos.

Pero, evidentemente, todo esto implica la burocratización integral de la sociedad, la cual, como se lee en «Estado y revolución» se convierte por esto mismo «en una única oficina y un único establecimiento industrial» dirigido desde lo alto del aparato del partido, que vigilará a los hombres a fin de que no se desvíen del recto camino fijado por la ortodoxia. De aquí la descripción del proyecto colectivista dado por

Gilas: «El Estado comunista opera para conseguir la completa despersonalización del individuo, de las naciones y también de los mismos afiliados. Aspira a transformar la sociedad entera en una sociedad de funcionarios. Aspira a controlar, directa o indirectamente, salarios y estipendios, alojamientos y actividad intelectual». Análogamente, Pierre Naville ha escrito que «la burocracia en el socialismo de Estado goza de un estatuto hasta hoy desconocido: de hecho controla la totalidad de la vida económica y ejerce este control desde lo alto... Es en el socialismo de Estado donde la burocracia muestra finalmente su naturaleza real. Es la organización jerárquica aplicada a todo, la coraza real de la vida social y privada, el poder sobre cada cosa. Encarna al Estado en su doble dimensión nacional y en su imperialismo internacional».

En este punto podemos sacar conclusiones de orden general. Leninismo y pluralismo son términos antitéticos: si prevalece el primero muere el segundo. Y esto porque la esencia específica, el principio animador del proyecto leninista consiste en la institucionalización del «mando único» y de la «centralización absoluta», lo que, evidentemente, implica la estatalización integral de la vida humana individual y colectiva. La democracia (liberal o socialista) presupone la existencia de una pluralidad de centros de poder (económicos, políticos y religiosos, etc.) en concurrencia entre sí, cuya dialéctica impide la formación de un poder absorbente y totalitario. De aquí la posibilidad de que la sociedad civil tenga una cierta autonomía respecto al Estado y que los individuos y los grupos puedan gozar de zonas protegidas de la ingerencia de la burocracia. La sociedad pluralista además es una sociedad laica en el sentido de que no hay ninguna filosofía oficial del Estado, ninguna verdad obligatoria. En la sociedad pluralista, la ley de la concurrencia no obra sólo en la esfera de la economía, sino también en la de la política y en la de las ideas. Lo que presupone que el Estado es laico sólo en la medida en que no pretende ejercitar, además del monopolio de la violencia, también el monopolio de la gestión de la economía y de la producción científica. En resumen: la esencia del pluralismo es la ausencia del monopolio.

Todo lo contrario de las tendencias que se afirman en el sistema comunista. Los verdaderos marxistas-leninistas no pueden tolerar contra-poderes, ideales comunistas distintos del colectivismo. Por esto, ellos sienten tener el derecho-deber de imponer el «socialismo cientí-

«poco» a los recalcitrantes. Por ello Gramsci había teorizado la figura del Príncipe moderno como «el único legislador» de la vida humana. La meta final es la sociedad sin Estado, pero para alcanzarla es necesario estatizar cada cosa. Esto, en síntesis, es la gran paradoja del leninismo.

¿Pero cómo es posible extraer la libertad total del poder total? En vez de potenciar la sociedad contra el Estado, se ha hecho omnipotente al Estado, con las consecuencias previstas por todos los intelectuales de la izquierda revisionista que han visto en el monopolio de los recursos materiales e intelectuales la matriz del autoritarismo del Estado. Por tanto si queremos avanzar hacia el pluralismo socialista debemos movernos en dirección opuesta a la indicada por el leninismo: debemos difundir lo más posible el poder económico, político y cultural. El socialismo, como ha recordado Norberto Bobbio, es la democracia plenamente desarrollada. Por consiguiente es la superación histórica del pluralismo liberal, no ya su aniquilación. Es la vía para acrecentar y no para reducir los niveles de libertad, de bienestar y de igualdad.